

Feminismo y humanismo cristiano ¹

“Vivir defendiéndome de los odios sin cara,
de los odios hipócritas con los cuales no es posible la lucha honrada.
Este odio se llama mujer mejor que hombre”
Gabriela Mistral

1.- Del temor a la esperanza

No pocos cristianos experimentan una reacción negativa cuando escuchan hablar de feminismo. Inmediatamente se les vienen a la cabeza imágenes y consignas relativas al aborto como derecho sexual y reproductivo; la “ideología” de género que haría desaparecer la distinción entre hombres y mujeres; lenguaje inclusivo en que se usa la “x” o la “arroba” en vez de nuestras tradicionales “o” y “a”; descalificaciones surtidas al matrimonio como institución jerárquica que oprime a las mujeres o de la maternidad que les impide su pleno desenvolvimiento; denostaciones de actitudes que antes los varones creíamos que expresaban gestos de galantería y buena educación; separatismo absoluto con los varones a los que se les expulsa incluso de las marchas en pro de la mujer; acusaciones como que las guerras son exclusiva responsabilidad de los varones patriarcales, etc, etc. El etc. es infinito y muy atemorizante. Sin embargo, hacemos mucho mal en quedarnos en esta reacción. Veamos por qué.

El feminismo es uno de los más poderosos signos de los tiempos y una buena nueva para el humanismo. Signo de los tiempos pues estamos ante una de las más profundas revoluciones acaecidas en el mundo judeocristiano durante el siglo XX y que ha llegado para quedarse, aunque con tensiones, avances y retrocesos pronunciadosii. Buena nueva pues el corazón del feminismo es la reivindicación de la igualdad en dignidad y derechos entre hombres y mujeres. Se trata de un movimiento social que en cuanto tal busca cambiar de raíz valores hegemónicos que son injustos e ideología política que quiere realiza una radical reforma de las instituciones que nos gobiernan. Jacques Maritain escribió que el cristianismo “enseñó (a los pueblos) la unidad del género humano la igualdad natural de todos los hombres, hijos del mismo Dios y redimidos por el mismo Cristo”iii

¹ Sergio Micco Aguayo. Abogado, master en Ciencia Política y Doctor en Filosofía. Profesor del Instituto de Asuntos Públicos de la Universidad de Chile. Consejero del Instituto Nacional de Derechos Humanos. BORRADOR. No reproducir ni hacer circular por favor.

¿Por qué el humanismo cristiano habría de tener miedo a esta nueva manifestación de un movimiento civilizatorio que proclama la igual dignidad de los seres humanos, todos hijos e hijas de un mismo Dios?

II.- Feminismos: distinguir para unir, no para separar.

“Es, pues, la hora de nuestras feministas.

El fruto de mi leyenda antifeminista es tan gratuito como la de feminista que en Cuba me hicieron, a mi paso, por pura buena voluntad”^{iv}

Gabriela Mistral

Entenderemos por feminismo un movimiento que condena y subvierte valores e instituciones que discriminan arbitrariamente a las mujeres en favor de los hombres. Se trata de una reflexión, discurso y acción que está penetrando todos los ambientes sociales enfrentándose a toda forma de discriminación arbitraria, explotación económica u dominación, especialmente las violentas. Ahí están las pruebas: infrarrepresentación política y en la dirección de toda clase de instituciones, escasa presencia de ellas en determinadas profesiones, diferencia salarial, previsión social injusta, inícuo acceso a la salud y educación, abuso laboral, violencia sexual e incluso femicidio por parte de sus parejas^v. Las preguntas que el feminismo, a partir de este diagnóstico, se hace y nos hace son: ¿Por qué las mujeres son discriminadas? ¿Cuál es el origen de tal discriminación? ¿Qué podemos hacer para superarla?

El feminismo ha dado y dan distintas respuestas a estas preguntas, las que han ido variando en el tiempo y según las realidades, ideologías y culturas en las que se revelan. Por ello se habla, en el mundo más bien llamado desarrollado, de distintas generaciones u olas, como de diferentes feminismos. La primera ola va desde mediados del siglo XVIII hasta la década de los treinta del siglo XX; la segunda abarcaría la década de los setenta y una tercera que experimentamos de los 80 hasta nuestros tiempos. En cada una de ellas encontramos distintos énfasis.

1.- Del feminismo político al cultural pasando por el social²

Simplificando mucho, y mezclando tiempos históricos, con ideologías políticas y distintas clases de derechos comprometidos en este proceso de reivindicación de los derechos de la mujer, podríamos distinguir (sin ánimo de separar):

- a) un feminismo que puso el acento en el derecho a sufragio y en el acceso a la educación, sobre todo la superior; este feminismo puso el acento en los derechos políticos y civiles y se enfrentó a la discriminación político - institucional;
- b) un feminismo social, que demandó la igualdad en el acceso y ejercicio en los derechos sociales y que se enfrentó a la explotación económica; y
- c) un feminismo cultural que podríamos identificar con la reivindicación de que es falso que las mujeres son valiosas más por su cuerpo que por su alma, más por sus emociones que su razón y más por lo que hacen en la esfera privada que en la pública; por lo que exigió poner fin al patriarcado.

2.- Feminismo de la afirmación y de la diferenciación

Me interesa resaltar que podríamos hablar de una cuarta ola de feminismo, que se hace presente criticando ácidamente al radical, al que acusa de serlo más por la estridencia de sus acciones y discursos que por ir a las raíces de la cuestión femenina (cosa que muchos no hacen)

Podemos denominarlo feminismo de la diferenciación, conminando el reconocimiento de las diversas formas de ser mujer: madre niña, madre soltera, trabajadora, campesina, indígena y religiosa, no solo la culta y adinerada; y feminista de la afirmación, al marcar la diferencia decisiva sobre el varón: la maternidad.

Además, este feminismo, neofeminismo para algunos, critica al feminismo radical por:

- a) su masculinización al centrarse en que la liberación femenina pasa exclusivamente por ocupar los roles de sociales que mayoritariamente desempeñado por hombres; y
- b) su rechazo a la familia, olvidando la importancia que ella y la maternidad han tenido y tienen para las mujeres.

² Cada uno de estos feminismos pueden asociarse muy en grueso con ideas liberales, marxistas y radicales.

La carrera no es por la igualación con los varones (carrera que las mujeres nunca ganarán, pues siempre irán detrás de los hombres), sino por, afirmando la igualdad en dignidad y derechos de género, la diferenciación, no extinguiendo, la identidad de la mujer.

III.- Feminismo y cristianismo

¡Cristo, hijo de mujer,
carne que aquí amamantaron,
que se acuerda de una noche,
y de un vagido, y de un llanto:
recibe a la que dio leche
cantándome con tu salmo
y llévala con las otras,
espejos que se doblaron
y cañas que se partieron
en hijos sobre los llanos!

Locas letanías
Gabriela Mistral

Las distintas clases de feminismo parten de una igual base y reclaman una misma cuestión esencial: desde la conciencia de la aguda discriminación arbitraria que sufren las mujeres respecto de los hombres, exigen el reconocimiento político, social y cultural de una misma dignidad y derechos. Sin embargo, se diferencian en distintos modos. Uno de ellos es la valoración del aporte teórico, histórico y actual de las religiones, en particular del cristianismo en sus distintas formas³. En efecto, desde distintas miradas, hoy conocemos de una teología feminista que afirma que las mujeres y los varones han sido creados por Dios para establecer entre ellos relaciones libres e igualitarias, sin sumisión ni dominio por parte de nadie⁴vii. Es feminista es crítica pues reclama conciencia en contra de la discriminación y es liberadora al trabajar por la emancipación de la mujer de toda injusticia.

³ El feminismo radical tiende a ver el fenómeno religioso en términos muy negativos; aquí, de lo que se trata, es de redescubrir el aporte liberador del cristianismo.

⁴ Por cierto hay distintas formas de teologías feministas, unas más radicales que otras o mujeres que exploran la cuestión de fe y mujer que no se declaran teólogas feministas.

Las preguntas son las mismas: ¿En qué ámbitos existe esta discriminación, incluida la eclesial? ¿Por qué los varones dominan a las mujeres? ¿Qué debemos hacer para luchar y reivindicar los derechos de la mujer? La teología feminista agrega desafiante: ¿Qué dice Dios de todo esto?

¿Cómo enfrentar esta tarea? Una forma es encontrar en las religiones mayoritarias testimonios cualificados a favor de la igualdad hombre-mujer. La empresa es recuperar textos y figuras olvidadas u ocultadas que demuestran que Dios hizo al hombre y a la mujer a su semejanza, haciéndolos igualmente dignos, racionales y libres para lo alaben amándolo a Él, a sus prójimo y a toda la creación. Se sigue así el dictado de San Pablo “No apaguéis el Espíritu, no tengáis en poco los mensajes inspirados; examinadlo todo y quedaos con lo bueno” (Carta a los Tesalonicenses 5, 19-21)

Una y mil veces hemos escuchado la historia de la costilla de Adán, que ha sido usado inmemorialmente para demostrar la subordinación de la –mujer para con el hombre, hecha a partir de él y para él. Sin embargo, en el libro del Génesis se presenta dos versiones distintas de la creación de la humanidad (Gn I, 26 y Gn 2, 18-25) La primera es la que afirma que Dios creó al hombre y a la mujer simultáneamente, sin que exista ninguna precedencia de uno sobre el otro. El primer relato bien podría fundar una teología de la igualdad, como el segundo, el más popular y como dijimos, apuntaría a una subordinación. Es dignísimo destacar que cuando Cristo se refiere a la creación recuerda la primera y no la segunda versión: “hombre y mujer los creó”. Otra forma de abordar la cuestión que nos preocupa es interpretar el Antiguo Testamento desde la perspectiva feminista resaltando el papel de las mujeres en él. Así Agar sería la mujer abandonada, pero protegida por Dios; Judit es la guerrera, Lidia la sacerdotisa y Miriam la profetisa; Ana es la mujer sabia, Débora la jueza y Ester la reina; Rut es la forastera, como Tamar la mujer indomable y Sara la risueña, etc. viii

¿Y qué decir de Jesús?

En la época de Jesús se tenía a las mujeres en bien poco. La niña bajo el cuidado de su padre, la desposada a cargo del marido y la viuda guardando la memoria del marido. Propiedad de todos, menos de sí misma. Excluidas de la esfera pública, ni siquiera podrán testificar, también eran tenidas en menos en la práctica religiosa, debiendo acceder sólo hasta el “atrio de las mujeres”. Sin embargo, Jesús es un varón que no teme ni menos desprecia a la mujer. El relato de la resurrección de Lázaro da cuenta de un Jesús que sufre con María y Marta, como el de la mujer adúltera demuestra por quien opta, sin tampoco hacer de la mujer un objeto a proteger de las piedras ni una simple víctima pasiva cuya libertad y responsabilidad no cuentan para nada. Juana, Susana, María la madre de Santiago y Joset, María de Magdalena son mencionadas entre las mujeres que lo acompañaban. El rol de María Magdalena es tal que hasta San Agustín la denomina “apóstoles de apóstoles”. Son mujeres las que guardan fidelidad a Jesús hasta el pie de la cruz, mientras que los Doce discípulos habían huido. Es María y María Magdalena las que concurren al sepulcro vacío y dan el primer testimonio de la resurrección de Cristo ⁵ix

María es la que abre y cierra el Nuevo Testamento. Ella es la sierva de Dios, pues es mujer de fe y mujer pobre, que vive en pobre caserío llamado Nazaret. Se atreve, con tanta valentía como serenidad, a ser madre rompiendo radicalmente los convencionalismos de su época, cuyos jueces la habrían condenada a la lapidación, sino es por José, que es el hombre que dice sí. Es a través de ella que hablan los pobres de Yavhé enalteciendo el brazo firme de Dios que exalta a los humildes y destrona a los poderosos, da pan a los pobres y expulsa a los ricos con las vacías. Su misma virginidad, que muchas veces es usada para cubrir con sospecha la sexualidad, es una verdadera señal de contradicción con una sociedad que rechazaba la virginidad y condenaba la esterilidad, pues la mujer judía sólo podía realizarse al hacerse madre. “Dame hijos, o si no, me muero” dice Raquel a Jacob (Gn 30,1) Por cierto esa virginidad es la misma que Jesús se impone a sí mismo. Ella, en el relato de Lucas y en la tradición de las primeras comunidades cristianas, es testigo y discípula desde el pesebre de Belén hasta la resurrección en Jerusalén pasando por el Gólgota. Discípula de discípulas.

⁵ Cosa que es utilizada por los partidarios de la veracidad del relato de la resurrección, pues si hubiese si un fraude, los evangelistas hubiesen puesto de testigos a importantes hombres como Nicodemo, miembro del Sanedrín, por ejemplo.

IV.- Un nuevo contrato entre hombres y mujeres^{xi}

Yo siento sangre adentro un rumor que casi es tumulto de mujeres
que quieren hablar por mí a todas^{xii}.

Gabriela Mistral

La irrupción de la mujer en la vida pública – economía, política y ciencia – supone un cambio revolucionario, si queremos que la pareja y la familia se renueven. No. Lo que se requiere es dar un enorme salto hacia adelante en la línea de la emancipación de hombres y mujeres frente a estereotipos y modelos de vida anacrónicos, no igualitarios, antilibertarios y deshumanizadores. Queremos centrarnos en el desafío cultural que recae sobre los varones para el renacer de la familia. La humanidad requiere de hombres que se atrevan a ser padres. No de hombres que busquen pareja pero eluden la paternidad o que se divorcian sin estar dispuestos a pagar una pensión.

Como lo ha señalado Manuel Castells, una opción elegida por la mayoría de los hombres, a largo plazo más aceptable y estable, "es renegociar el contrato de la familia heterosexual. Ello incluye compartir las tareas domésticas, la participación económica, la participación sexual y, sobre todo, compartir plenamente la paternidad".^{xiii}

Así, frente a la irrupción de la mujer en la vida pública, se requiere de los hombres una vuelta al hogar y el desarrollo de una nueva masculinidad.

Para algunos, aquí la masculinidad se caracteriza porque los hombres experimentan una disminución del machismo, aunque ser macho todavía es parte de su identidad. Muchos renuncian a la posesión total de las mujeres, y esto les genera múltiples conflictos, sobre todo si se relacionan con parejas que requieren ser propiedad de alguien. Algunos desarrollan nuevas formas de afectividad, prohibidas en la masculinidad dominante o que se asocian a la afectividad femenina. Y muchos transforman su ética desde la autoidentidad, eliminando rasgos de doble moral. El erotismo, central en la definición de la identidad masculina, sigue siendo fundamental en la afirmación del sujeto, pero no como recurso de apropiación del otro. Uno de los aspectos más importantes de estos cambios es que los hombres no sienten que les haya pasado nada, sino que tal vez enriquecieron su identidad y ahora tienen otros saberes, destrezas y capacidades.

Surge una gran revolución, de esa que hablaba Norberto Bobbio. Ni estridente ni a golpes de fuegos de fusil, como hemos conocido demasiadas en este siglo. Más bien una revolución callada y humilde, consciente de sus límites inmediatos y de la lentitud de sus realizaciones presentes. Sin embargo, orgullosa de la amplitud de su reforma. Es la revolución de la paternidad. El cristianismo es la filosofía de la esperanza. Y esta, como lo ha señalado Gabriel Marcel, proclama: "Yo espero en Ti para nosotros".

Hay demasiado dolor diseminado en crisis y quiebres matrimoniales, en parejas que no alcanzan a vivir la paridad que ello supone, en hijos abrumados por la separación de sus padres. Sin embargo, la filosofía de la esperanza llama a resaltar aquellos ejemplos y concurrir a los recónditos lugares dónde está surgiendo ese mundo nuevo y mejor.

Revolución de los pequeños pasos. Esos que se advierten en muchas personas que pertenecen a una generación de dolorosa transición entre dos paradigmas de masculinidad: del tradicional al de la nueva masculinidad.

Muchos hombres de esta generación deambulan entre la cocina, el baño y la pieza de los niños. Sus enseres son mamaderas, termos, porciones de leche en polvo, pañales y "piluchos". Al anochecer, después de un día de duro trabajo, se los ve entrando con paso cansado a la pieza de sus niños, llevando bajo el brazo un cuento de hadas. Parecen avances muy modestos; pero, en verdad, son trancos de gigantes, de pioneros, adelantados de una nueva humanidad en que hombres, mujeres y niños irán construyendo la familia de la solidaridad, de la igualdad y de la nueva hermandad.

Es la revolución de la paternidad y el nacimiento de la nueva familia

VI.- Un puñado de palabras finales

Ante el avance del movimiento que reclama los derechos de la mujer hay poco de que temer, sí mucho de que alegrarse. Más no puedo decir.

ⁱ Digamos que estas creencias las encontramos en ciertas expresiones del feminismo más radical y son derechamente discutibles por falsas empíricamente o políticamente imprudentes. La historia de la mujer no es un relato de calamidades. Empíricamente parciales, pues en momentos de la Edad Media, las mujeres podían tener y administrar feudos, iban a las cruzadas, gobernaban reinos, dirigían monasterios y abadías y algunas llegaron a tener un gran poder político, económico y social, por sus tierras, cargo, parentesco o actividad. Respecto de las guerras basta recordar a Cleopatra, Teodora, Isabel de Inglaterra hasta Margaret Thatcher para ver que estas no solo son cuestiones de hombres. Las mujeres no son actrices pasivas y eternas víctimas de la historia. No sigo pues no hay espacio para ello ni tampoco quiero desviarme del hecho central: la abrumadora discriminación en contra de la mujer.

ⁱⁱ Atención que el feminismo, como movimiento e ideología crecientemente hegemónica, sigue teniendo un fuerte carácter elitista, centrado fundamentalmente en el mundo occidental y que también produce reacciones encontradas (Por ejemplo, en movimientos nacionalpopulistas tanto en Norteamérica, Europa y América Latina)

ⁱⁱⁱ Maritain, J. (1974) La tragedia de las democracias. En: Maritain, J (1974) Cristianismo y democracia. Humanismo Integral. El hombre y el Estado. Santiago de Chile: Instituto Chileno de Estudios Humanísticos. P. 16.

^{iv} Zegers, P. (2013) Gabriela Mistral: Vivir y escribir. Prosas autobiográficas. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales. P. 158.

^v Sin duda la vida de la mujer, la antigua, la medieval y la moderna, es mucho más que una historia de llanto y sumisión, en eterna victimización. Ver por ejemplo, sobre todo analizando el caso español: Bel Bravo, M. (1998) La mujer en la historia. Madrid: Ediciones Encuentro.

^{vi} Las mujeres siguen considerando la maternidad como una identidad central de ellas. Por eso, en la medida que se identifique feminismo con repudio de ella, un porcentaje muy alto de entre las mujeres no se declaran feministas. Algo de esto debe haber detrás del increíble hecho que un 52% de las mujeres norteamericanas votaron por Donald Trump y un 50 de ellas tenían estudios superiores. Además el matrimonio, en el derecho canónico, fue un importante avance en los derechos de la mujer, al exigir libre consentimiento o, en el mensaje de Jesucristo, las normas sobre adulterio son las mismas para hombres y mujeres. Esto será clave en el ascenso del cristiano sobre los hombros de las mujeres de la antigüedad. La historia medieval reconoce la existencia de enamorados que se rebelaban en contra de usar el matrimonio con fines patrimoniales o políticos. El etcétera es largo.

^{vii} Forcades I Villa, T. (2011) La teología feminista en la historia. Barcelona: Fragmenta Editorial.

^{viii} Grün, A. y Jarosch, L. (2016) La mujer. Reina e indomable. Buenos Aires: Ediciones San Pablo.

^{ix} Kung, H. (2002) La mujer en el cristianismo. Madrid: Editorial Trotta.

^x López Melús, F. (1999) María de Nazaret la verdadera discípula. Salamanca: Ediciones Sígueme.

^{xi} Me baso en Micco, S (1999) La familia y la nueva masculinidad. Revista mensaje. 598. Santiago de Chile: Mensaje. No es de lo mejor auto citarse, pero este escrito es de 1999; casi 20 años después del mayo feminista. Hoy, para muchos varones, es fácil declararse de boquillas feminista. No lo era así hasta hace bien poco.

^{xii} Zegers, P. (2013) Gabriela Mistral: Vivir y escribir. Prosas autobiográficas. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales Página 193

^{xiii} Castells, M. (1998) La era de la información. Volumen II. Madrid: Alianza Editorial. p.261.